

Entrelazando historias: la actualidad de la predicación narrativa.

Néstor O. Míguez

Aparición a los 10 (y a mí)

Texto: Juan 20:19-23.

La puerta está trancada. El cuarto, ni grande ni chico, apenas es iluminado por un ventanuco alto. La luz de los arboles del poniente, levemente violácea, lo hacía todo más fantasmal. Una mesa está corrida a un costado, contra la pared, bajo la ventana.

Sentado sobre la mesa, los pies colgando, hay un hombre bastante joven, con el bozo apenas sombreándole el rostro, aunque un rictus incierto le marca las facciones suaves. Detrás de él otro hombre descansa sobre la mesa. Es largo para su improvisado lecho, y las piernas, de la rodilla en más, le quedan al aire. Está volteado hacia la pared, la cabeza sobre una mano, la otra tomándose la nuca; pero se nota que no duerme. Cada tanto se sacude con un profundo suspiro, como un quejido, como un llanto.

Otro se esconde bajo la mesa, sentado con las piernas recogidas, la espalda apoyada en la pared. Apenas un bulto arrojado allí para que no estorbara, no se distinguía en la oscuridad. Forzando la vista se distingue la cabeza, que le cae entre las rodillas, sobre el pecho. Más allá, de pie, un cuarto varón, recostado sobre la misma pared. Era el más inquieto de ese grupo. Por momentos se ponía en cuclillas, luego se paraba, levantaba un pie y lo apoyaba en la pared, lo volvía a bajar, se erguía, sacudía los hombros, se dejaba caer nuevamente espalda a la pared, las manos colgando, se volvía a enderezar... El más joven lo observaba cada tanto, y luego volvía a mirarse las manos entrelazadas.

Una silla, cerca de esa mesa, es ocupada por un tipo bajo, de piel más oscura. Está sentado con la silla al revés, las piernas abiertas, los brazos cruzados apoyados sobre el respaldo, el mentón apoyado sobre el brazo. La tupida barba oscura, casi hasta los ojos, no me deja ver su gesto, pero no oculta el brillo de su sudor, quizás sus lágrimas. En la esquina había otro de rodillas, sentado sobre sus talones, mirando cabizbajo al rincón. Tenía la ropa rasgada. Era el único que producía un ruido constante, un murmullo permanente. Se balanceaba como en trance.

Un pequeño banco de madera se ubica contra la otra pared, opuesta a la puerta. Lo ocupan otros dos hombres, que por el parecido bien podía pensarse que son hermanos. Uno tiene las manos sobre las rodillas, mirando fijamente a la puerta, como si en cualquier momento fuera a salir disparado hacia allí; el pecho descubierto, velludo. Cada tanto sacudía la cabeza de arriba hacia abajo, apretando los dientes; o, pasado un tiempo, cerraba los ojos, movía la cabeza de izquierda a derecha, y entonces se mordía el labio inferior. El otro hermano (si lo era) ha cruzado el brazo izquierdo sobre el pecho, la mano en cuja, sosteniendo el codo del otro brazo, en cuyo puño apoya la cara. Tenía una actitud más reflexiva.

Finalmente el más anciano, calva y barba canosa, está un poco apartado, junto a otro más alto y joven, aunque no mucho, parado al costado, ambos mirando a la pared. El anciano cada tanto levanta un puño y golpea la pared repetidas veces, como con ira. A veces, impotente, se golpea la cabeza contra la pared, y lanza un gemido lastimero, o un grito desgarrador... “¡No, no, no...!”. El otro trata de contenerlo, consolarlo, rodeándolo con ambos brazos, las manos en el hombro. Lo estrechaba contra sí, le hablaba al oído. El

viejo pareció serenarse, se afloja... pero un rato más tarde volvía a repetir sus gestos autodestructivos.

Allí están encerrados esos diez hombres. Cerradas las puertas, cerradas las esperanzas. Cerrado un tiempo de expectativas, de entusiasmo, de peligros inadvertidos, de peligros advertidos y afrontados, y otros advertidos sin saber qué hacer. Un tiempo de frases enigmáticas que ahora se revelan, se rebelan, los desvelan, y se ocultan, los abisman.

Pasadas fueron también las horas provocativas y lacerantes de los últimos días, la excitación enloquecida que produce esa sensación de no estar pasando pero pasa, de no estar ocurriendo pero ocurre, de no puede ser pero es. Después de todo, los sentimientos también se palpan.

También el peligro y la muerte excitan. También la cobardía se vive intensamente, requiere decisión y cuidado. Hay que decidir decir no, hay que afrontar el temor de ser descubierto al negar, al mentir. Y después, se sabe, hay que vivir con ello encima mucho tiempo. Y pesa, tanto o más que la temeridad que no se tuvo, tanto o más que la traición, otra heroicidad al revés. Pero ahora ni eso. Solo esta nada, que ni a la muerte impulsa.

Abatidos, y me queda corta la palabra. Esa es la sensación que recibo cuando los miro. La derrota por fuera y por dentro. La derrota en una lucha que nunca llegó verdaderamente a darse, el sentido de haber perdido una posibilidad que nunca llegó a ser.

Según dicen, uno vio y creyó, pero nada dice, quizás por que ni siquiera está entre ellos. Otra vio entre lágrimas y reconoció entre suspiros, pero tampoco está, porque es mujer y las mujeres no son creíbles, y menos se si sospechan de enamoradas. Según dicen, otro vio y no creyó, porque no entendía nada aún. Uno que nada dice, otra a quien nadie cree, el otro que nada entiende. Y en todos una sensación de nada que invade (vanidad de vanidades, dice el predicador...uno de ellos lo recuerda pero no se atreve a decirlo...). Ese sentimiento de vacío que solo deja lugar a esa otra sensación de nada que es el temor, que demora los tiempos hasta el infinito, donde el sentido se consume a sí mismo.

Allí están. Así están. Temor, angustia, desamparo, desilusión. Extraños galileos encerrados en Jerusalén, sospechados por el poderoso Consejo, sin alternativas ni reservas. Desorientados ¿qué podían esperar? Nada peor que la vida sin espera, cuando se conoció la vida que viene.

Vuelvo a contarlos: uno, el que está acostado en la mesa, y el joven sentado en ella, dos. Tres, el de debajo de la mesa. Cuatro el inquieto. Cinco el que está a horcajadas de la silla. El arrodillado del rincón, seis. Los dos hermanos hacen ocho. El viejo y su amigo, nueve y diez; once el que está parado en el medio... ¿el que está parado en el medio?

No estaba antes.... Nadie sabe hace cuanto que está allí, como entró... ni yo mismo, invisible observador advenedizo, me di cuenta. Ellos tampoco, cada uno ensimismado en su propio quebranto.

Ahora habla, los saluda con el tradicional "Shalom".

Entonces lo miran. Los rostros cambian de temor a asombro, se quedan como petrificados. Miran de nuevo, fuerzan los ojos en la penumbra... No puede ser, es un efecto de la poca luz... El recién llegado levanta las manos y se las muestra, hace un gesto y se levanta la ropa del costado del cuerpo. Es un aparecido en quien viven todos los desaparecidos.

Todos se miran sorprendidos. El que estaba bajo la mesa se golpea la cabeza por levantarse de golpe, pero se ríe, se ríe como loco. El viejo cae de rodillas, el arrodillado se levanta como si tuviera un resorte. El inquieto grita y salta, y luego se tira al piso boquiabierto. Todos se acercan, lo rodean. Los hermanos dejan sus sillas, se abrazan, van a empezar a bailar, pero se detienen porque escuchan que el recién llegado vuelve a hablar. De repente se paran todos en torno de él. Vuelve a saludarlos con el deseo de paz. Yo también lo reconocí, me conmuevo, me desencajo. Aunque conocía el cuento, otra cosa es verlo, vivirlo. Notar lo que pasó en esos hombres, en mí, viendo al resucitado; pero claro, yo, por ahora, no cuento; ellos son reales, yo, un personaje de ficción llegado del futuro...

El resucitado trae la vida en exceso, después de haber visto aquí la vida en receso. Contagia de resurrección, impulsa a la alegría sin sentido, a la vida contra la vida. ¡Viva la vida para siempre!, contra la vida para nunca que te tiran cada día los cultores del culto, los representantes del Imperio. Estoy mirando el presente de la vida eterna, y descubro que no hay otra vida eterna que la comienza en este presente que ahora vivo, de esta experiencia única que mi relato apenas intenta reconstruir. Pero que no hay presente si no fuera por esta vida eterna. Lo miro, y no puedo creer lo que veo. Solo cuando ya no lo vea, podré creer, confiar en lo que vi.

–“Como el Padre me envió, yo los envió”... Esto me sorprende más, si se puede. ¿Enviar a estos miedosos de puertas cerradas? Me dan gana de interrumpirlo... “Pero Maestro, ¿no los viste hace un minuto?; si daban para hacer una elegía, un tango tristísimo. Cambian de humor y se dejan caer, es una turba de llorones aterrados. Yo lo he visto recién. No tienen madera para estas cosas. No te olvides de las tonterías que dijeron más de una vez, de sus groseras incomprensiones, cómo te dejaron solo, como ahora se encerraron de miedo. Tú los conoces, los llamaste e instruiste, los cuidaste, los soportaste, llegaste a quererlos como amigos... eso lo entiendo; pero decirles que harán lo tú haces... ¿no es mucho?... ¿no es sobrevalorarlos?

Las mujeres tuvieron más agallas que ellos, te acompañaron a la cruz, estuvieron contigo. El otro joven se mostró más dispuesto, incluso. Si no te pudieron acompañar en el exceso de la Cruz, ¿cómo te acompañarán en el exceso de la resurrección? ¿Cómo vas a confiar en ellos, cómo los vas a comparar contigo mismo? Nunca podrán ser enviados como tú, obradores de justicia, nunca podrán ser señales de ninguna plenitud, pastores de ningún rebaño, anunciadores de ninguna valentía... Tú eres la vida, ellos la mediocridad. Volverán a su pesca triste, a su deambular de rutinas...

En eso un soplo, un viento ancestral, sale de la boca de ese resucitado. Comunica lo incomunicable, dice lo indecible, se hace yo en mi yo. Es un aliento celestial, un espíritu santo, es el espíritu del aparecido. De repente siento que mis reticencias y mis preguntas eran ridículas, que yo mismo tengo que salir a publicar lo que acabo de ver, que mis peores dolores son, sin embargo, señales de amor, que todos somos pastores y rebaños, que puedo afirmar lo inafirmable, porque he visto al Resucitado. Que soy justo en una nueva justicia, que nada me retiene, que estoy suelto de mis peores ataduras, que mis pecados son mis opciones, puedo ir más allá de cualquier desilusión, que cada cosa que me ha destruido también me construye, que cada desvío me abrió un nuevo camino. Que si me quiero quedar atado, es por que no he sentido que puedo aventurarme en la terrible demanda de la libertad.

En fin, con los diez encerrados de Jerusalén, yo también ya he experimentado al resucitado.

Les cuento lo que viví...

He querido comenzar este artículo con un ejemplo de lo que puede ser una predicación narrativa. Por supuesto, el estilo literario no es el oral, y si esto fuera un sermón en un culto algunas expresiones deberían cambiarse, y otras serían reemplazadas por la entonación, los gestos, los silencios... Pero, sin pretender ser modelo de nada, lo que he intentado es mostrar cómo se puede exponer un texto bíblico, incluso dejar caer notas exegéticas, doctrinales y aún de la realidad social, en un discurso que no deja de ser esencialmente un relato.

Relatos y fe: la fe como historia y testimonio.

Según muchos analistas de nuestra realidad global, nos encontramos en un tiempo de “crisis civilizatoria”. Es decir, los modos, prácticas, conceptos que han sostenido nuestros acuerdos culturales están sufriendo profundas modificaciones. Los sistemas políticos y económicos son enfrentados con nuevos desafíos a los que ya no pueden responder por los medios usuales, generando más conflictos y violencia, creando una cierta insatisfacción generalizada, un cierto “malestar en la cultura”, según el título del célebre ensayo de Freud, que otros han usado con un enfoque diverso.

No es nuestro cometido en este artículo analizar los componentes de este “malestar”, de este sentido de insatisfacción. Pero no podemos desconocer que ello también se extiende a la teología y la vida de nuestras iglesias. Definiciones teológicas, modos de hacer las cosas, las expresiones litúrgicas y las formas organizativas más o menos aceptadas en las generaciones anteriores ya no parecen apelar a los más jóvenes, y ni siquiera a muchos adultos. Así se produce una cierta circulación en búsqueda de nuevas propuestas, cuando no simplemente un alejamiento de la iglesia o incluso un abandono de la fe.

Entre las cosas que han sido afectadas también está la predicación del Evangelio, y más específicamente el tradicional “sermón” en el culto de nuestras iglesias evangélicas. Algunas denominaciones más “posmodernas” (las así llamadas neo-pentecostales) han disminuido el lugar de la predicación bíblica en el culto, cuando no la han dejado casi totalmente de lado. Y eso no ha mermado su concurrencia... El sentido de espectáculo ha sido puesto en su lugar, y algunos así lo explotan conscientemente.

Es que en nuestro mundo de imágenes y fuertes apelaciones emotivas, la comunicación no puede ser ya puramente conceptual, apelar a la racionalidad del receptor como única dimensión a alcanzar (si alguna vez eso fue querible o posible). Parte del cambio cultural que estamos experimentando es la aparición de una estética (que muchos consideraremos degradada) que suple la ética. Estética en el doble sentido de la palabra: la exaltación del sentimiento y la apelación a los sentidos (elementos que han subsistido en la cultura popular más allá de las ilusiones del positivismo y la modernidad). Por eso la predicación no puede limitarse a exponer conceptos –por sanos, claros, y doctrinalmente consistentes que sean. La dinámica cultural que hoy vivimos nos predispone a tener que recibir y procesar los mensajes desde otros lugares, con otras herramientas que la misma cultura (y la tecnología actual) nos provee.

Relatos y fe: la fe como historia y testimonio

La Biblia como relato y relatos. El “diálogo de la salvación”

Los propios textos bíblicos ya nos sirven de ejemplo. La mayor parte del Antiguo Testamento se compone de relatos. Los hay en el Pentateuco (incluso en los textos “legales”), por supuesto en los llamados libros históricos, en las historias minimalistas de Rut o Jonás, en los Salmos... También los Proverbios abundan en imágenes, y tanto la Sabiduría como la Necedad son personificadas

Desde el mismo Génesis, en el himno inaugural de nuestra Biblia, la creación del mundo nos es presentada como un relato poético, diferenciado en momentos (lo que ha traído ciertos problemas en una lectura literalista, positivista, del mismo, donde el relato mítico es confundido con el informe científico). Los sucesivos relatos, cada uno con características propias, hilvanan una narración más amplia. Sin embargo, no podemos menos que apreciar que hay tensiones en los propios relatos, que su conexión no siempre es armónica ni coherente. Más allá de los problemas que esto ha creado a la erudición bíblica, nos muestra, para nuestro tema, el valor que tiene respetar la identidad propia de las distintas experiencias y modos de transmitirla, la diversidad de enfoques y posibilidades narrativas.

Es muestra de una apertura que he llamado “el diálogo de la Salvación” (más que historia o plan de salvación). No es este el lugar de plantear esta discusión teológica, lo que quiero destacar es que estas historias, en su diversidad canónica, muestran una pluralidad de voces humanas, y una disposición abierta de la voz divina. No es un cuento lineal, la historia hollywoodense cuyo final es fácil de adivinar. Se trata de un Dios amoroso que escucha y valora las respuestas humanas, aún cuando no son las que espera, y obra para reabrir el diálogo, para sostener el amor que lo conduce. Y en ese diálogo tienen lugar las iniciativas, las circunstancias diversas, las experiencias gloriosas y traumáticas del hombre y la mujer de fe. De esos relatos y esas experiencias, y de nuestra posibilidad de reconocernos parcialmente en ellas, se nutre nuestro propio diálogo con Dios.

Los “credos narrativos” del Antiguo Testamento

Incluso en el momento de tener que expresar su fe en una fórmula básica y sencilla, incorporable al ritual, el pueblo de Israel recurrirá a “credos narrativos”. Cuando hay que hablar de Dios, del Dios en el que creemos, cuando hay que expresar de viva voz ante los hijos o la comunidad el núcleo vivo de la fe, lo que hay que decir es un relato, y no un relato mítico que conceptualice a un Dios innombrable, sino además una narración de hechos históricos. El libro del Deuteronomio los resume magníficamente: Es el relato con el cual se inicia la instrucción del niño (Dt 6:20-25), es la expresión de gratitud y compromiso en el momento de la cosecha (Dt 26:1-13). Pero el lector es incorporado en esa narración: son las palabras que eventualmente saldrán de mi propia boca, me incorporan a esa historia, la hacen mía. También los credos van entrelazando historias.

Incluyendo a Jesús: los Evangelios como instrucción (o predicación) narrativa

También el Nuevo Testamento se inicia con cinco relatos. Cuando las nacientes iglesias cristianas tuvieron que “sistematizar” su mensaje, no salieron con un catecismo, un manual de doctrinas o un instructivo ético. Eso vino después. Lo primero que hicieron fue contar (a su manera, no exenta de subtextos teológicos, por cierto); fue “contar la bella historia”. Tanto Lucas en su introito (Lc 1:1-4) como Juan en sus epílogos y en el

comienzo de su Primera carta (Jn 20: 30-31 y Jn 21:24-25, 1Jn 1:1-4) dejan claro que cuentan la historia para invitar a la fe. Su predicación evangelizadora no abunda sobre discursos en torno de la redención, apelando a elaboradas doctrinas sobre la existencia de Dios: cuentan la historia e invitan a formar parte de ella. En eso siguen lo que hizo el propio Jesús, ya que a su vez estos evangelios nos dicen que Jesús hablaba al pueblo solo por parábolas (formas narrativas o pequeñas comparaciones de imágenes).

Predicaciones cristianas en el libro de Hechos

Algo similar encontramos en el libro de los Hechos. Las primeras predicaciones cristianas se apoyan en un recuento de aspectos de la historia de Israel (cuando es dirigida a un auditorio judío) que termina incluyendo a Jesús en esa historia. Así ocurre con el primer sermón de Pedro (Hch 2:14-39), o con la defensa de Esteban (Hch 7:2-53). No siempre lograron la conversión, pero mostraron que la historia que cuentan, en algún lugar, por aceptación o rechazo, los incluía.

Pero ante los gentiles, que no comparten la historia de Israel, o la conocen poco, tampoco se abandona la dimensión narrativa. Así, Pedro, en su predicación ante Cornelio (Hch 10:34-43) incluye el sentido de la promesa en un texto que es fundamentalmente narrativo. Lo mismo caracterizará los discursos de Pablo, con la probable excepción del discurso en Atenas, que es, desde el punto de vista de la evangelización, el menos exitoso, ya que no logra allí formar una comunidad.

Los testimonios personales en la predicación paulina

Será justamente el apóstol Pablo, al estar del libro de las Hechos, quien además incluye los primeros testimonios personales en la predicación. Sus apologías ante Félix (Hch 24:10-21) y especialmente ante Agripa (26:1-29) son un relato de su propia conversión, de cómo él mismo es incluido en esta historia de Jesús, y a la vez una invitación a que esta historia forme parte de la vida de sus interlocutores.

Sin detenernos ahora en un análisis puntual, podemos decir que las cartas de Pablo, de Juan y de Pedro, o la de Santiago, están sostenidas por relatos compartidos, a los cuales a veces se refieren directamente y otras por camino de elipsis. Y finalmente el Apocalipsis es un libro de imágenes, que busca crear una impresión en el oyente que le permita visualizar un imaginario de esperanza y redención totalmente distinto al que le propone las imágenes de las deidades paganas, de los gloriosos emperadores, del mundo imperial, que poblaban las plazas, calles, mercados o viviendas, y que desfilaban por doquier en las insignias de poder de las huestes romanas. A la narrativa del poder imperial le responde la narrativa del poder de Dios, a las imágenes de los emperadores endiosados le responden imágenes que muestran el horror y la destrucción que causa su rebeldía a la voz divina. A la caída Babilonia que llora su lujo perdido, le responde la imagen de una nueva Jerusalén donde no habrá más llanto ni muerte, porque Dios se paseará entre ellos como su pueblo.

Reconocernos en las historias de otros: la predicación narrativa hoy

La dinámica que propone la predicación narrativa es generar una corriente de “empatía” (compartir los mismos sentimientos y sentidos) entre el narrador y el receptor. Pero una empatía abierta, que no genere una identificación modélica, sino que pueda albergar un espacio de libertad para que cada historia particular, personal o grupal, pueda seguir teniendo sentido por sí misma, como hemos visto en el caso de las historias bíblicas.

La idea es que otros y otras puedan reconocerse en las historias propuestas, en los relatos, sin tener que por ello negar su propia historia.

Estos relatos pueden ser reales o de ficción. Después de todo, las parábolas del Reino, de Jesús, son relatos que expresan una realidad a través de una ficción. Pero cuyo mensaje permite al oyente sentir que algo de esa ficción es su propia realidad, que el Reino propuesto es una posibilidad también para vivir su propia historia de una manera distinta.

Aquí es donde también deben tenerse algunos cuidados, especialmente frente a los “testimonios”, que a veces ponen más en el centro el yo del relato que el encuentro que el testimonio supone. Todo testimonio cristiano auténtico es un testimonio de encuentro, como lo muestran los testimonios de Pablo. Pero ese encuentro propone que el que escucha tenga la libertad de buscar su propio encuentro con Dios a su propia manera. Cuando uno escucha una sucesión de testimonios calcados, con el mismo esquema y resultado, uno sospecha que han sido “dibujados con el mismo molde”, y en lugar de dignificar a la persona que expresa su encuentro, la reduce o desaparece tras una cortina de obviedades. El testimonio es eso, el relato de una experiencia significativa provista por la fe, no una imposición y menos aún un paradigma que luego se transforma en doctrina.

El otro tema a considerar es la naturaleza relacional y comunitaria de la fe cristiana. La experiencia de mis hermanos y hermanas también es mi experiencia, no porque yo deba calcarla o modelar la mía según la de otros, sino porque la experiencia de fe de los demás me une a una comunidad donde la mía encuentra su lugar. “Toda historia es mi historia”: las historias de los otros me tocan, me transforman, me afectan. En las palabras de Publio Terencio, “soy humano y nada humano me puede ser ajeno”. Parte del arte de la predicación narrativa es aprender a contar las historias de tal manera de dejar siempre espacios abiertos, como para que el oyente sienta que por ellos puede “entrar” en esa historia, sentirla suya, sentirse parte de la comunidad que esta historia está creando.

En ese sentido podemos mirar muy brevemente alguna cuestión técnica del relato (que ampliaré, Dios mediante, en un próximo artículo). Y es descubrir en cada relato, al contarlos, hay por lo menos tres personajes (más allá de los que intervienen en el relato mismo). El primero es el autor como personaje. El autor bíblico ya es una persona (personaje en términos del relato) afectado por el mismo. Si lo escribe es porque de alguna manera se sintió “parte afectada” en la experiencia que nos propone. Al hacerlo, de alguna manera se incluye, en las palabras que elige, en la imaginación de la cual lo nutre, en la forma en que evoca sentimientos, o en los énfasis con que nos lo brinda. Como dice Juan, no puede incluir todo en lo que nos relata. El principio de selección con que resuelve el relato de alguna manera nos habla del autor y de su intención, y por lo tanto lo hace parte de su misma creación literaria (u oratoria, u actoral, o artística, según el modo de comunicación). Esa experiencia de fe, que narra otras, propias u ajenas, que es contar la presencia de Dios en la historia, es parte de esa historia, y por lo tanto, parte de nuestra comunicación.

En una segunda instancia podemos también considerar al relator como personaje. En nuestro caso, al predicador o predicadora (catequista, líder de jóvenes, etc.). Al contar la historia nos hacemos parte de ella, y la empatía entre relator e historia es fundamental en el proceso de comunicación. ¿Estoy contando historias para creer o para no creer? El relator es parte de la historia que cuenta, y cómo la cuenta es parte de esa historia. En ese sentido, el sermón narrativo me involucra; nunca consistirá en una “exposición objetiva de la fe” o de sus doctrinas, de exhortaciones éticas para los demás. La narración, si es

verdaderamente tal, me compromete e invita a otros en ese compromiso. En ese sentido me vuelvo un personaje de la historia que cuento.

Finalmente, en nuestra historia tenemos que contar con el oyente como personaje. ¿Qué recibe el “receptor”?, de qué manera la historia que cuento, las imágenes que invito a imaginar, conforman una historia abierta para otros, para los que en ese momento la están escuchando. El oyente crea su propia conceptualidad de la historia, al cruzarla, entrelazarla, con la propia. Si el predicador cierra la historia imponiéndole una conceptualidad (este relato enseña esto –y solamente esto), el oyente queda excluido del relato. Las conceptualizaciones son historia condensada, pero condensada por otros, en otras circunstancias.

En un tiempo de crisis como el que estamos viviendo estas conceptualizaciones no siempre serán explicativas, productivas, inspiradoras, como lo han podido ser en otro momento, ante otra audiencia. Las situaciones de crisis civilizatorias ponen en entredicho las conceptualizaciones que fueron válidas anteriormente. La selección conceptual aparece como un arbitrio extemporáneo, que termina por ser una sustitución del relato, eventualmente su clausura. Por eso, volver a las historias fundacionales, a los relatos inspiradores es permitir que surja una nueva lectura, una nueva identificación de esos relatos. Eso hicieron la Reforma, o la teología de la liberación. Después se cerraron en conceptualidades doctrinales, cuyo valor en parte persiste y en parte debe ser renovado. Renovado abriendo de nuevo esas historias, volviendo a las narrativas creadoras de la fe.

El relato con el que comenzamos este artículo, ¿debe entenderse como la fuente de la “doctrina de la resurrección”, o es una invitación a experimentar la fuerza de la vida restaurada y restauradora de Jesús, de las posibilidades que nos da su Espíritu, o de vaya a saber qué otros sentimientos, percepciones, esperanzas que pueda incluir el oyente como personaje? La predicación narrativa es una invitación, pero no a la casa que yo ya he construido, sino a emprender un camino en común, o, en todo caso, a descubrir juntos los caminos recorridos en la fe, que nos orienten, bajo el aliento de Dios, y nos hagan partícipes de esa historia bella del diálogo de Dios con los seres humanos.